

ENÉSIMA ODA AL VINO

Adulterar

Ventana clara abierta al verdinal de luz,
cristales desbordados
en olas sin espuma, límpidas, cristalinas
como un limón lunero.
Canta el dulzor oscuro que empalaga el sentido,
arroje de mandrágora,
pulpa de sol noctámbulo.
Todo me darás, toda
tu promesa de rosa en terciopelo
tachonado de uvas refulgentes.

Germinado en la tierra,
arcilla moldeadora de pámpanos purpúreos,
es tu color el fruto de amor de la semilla.
Vendrás a mí en el cáliz, libaré de su vulva
plena de amor, abierta
como una vid en celo.
Te alzaré hasta el cubil de los ángeles rotos
surgiendo en la nevisca
hasta su boca exangüe,
tibia miel fermentada en el dolor del grano
pisoteado,
siempre desde el dolor que santifica, oh alma
de Dios,
oh sangre sanadora.

Desde la retorcida cepa, desde el sarmiento
hasta la hojita tierna como el agua
de baño de las ninfas,
desde aquel sol de Sumer en la Mesopotamia
a la orilla del Nilo,
hasta la sabia Grecia,
hasta Roma pujante y decadente,

hasta Galia,
hasta Hispania,
hasta Germania...

Desde el embriagador sopor de la techumbre
pululante de antófilos
hasta los labios ávidos de los enamorados.
De la boca del triste a la del más festero,
de la agrietada lengua de los desesperados
a la del delicado gourmet de selectas papilas.

Vienes a mí, me fluyes
en manantial florido,
híbrido de demonio, ángel, glicinia.
Paladeo despacio tu saliva de fresa,
un amargor ligero como la madrugada
después de amar sin freno,
tu enjundia de arboleda,
la pálida acidez de primer beso...
Vienes y te recibo
siempre como a una antigua amante, una nostálgica
comunidad en espíritu.

Te veneran

Dioniso, Baco, Hathor,
soberanos y obispos, duquesas y rameras,
mineros, pescadores, pastores, campesinos,
médicos y abogados, alumnos y maestros.

Espantas la tristeza con abrazo de amigo.
Brillan en ti rubíes y frescas amapolas
como en copa de amor recién nacido.
Caldeas el corazón, el alma y la cabeza.
Eres todos los muertos y todos los latidos,
y los que aman la vida y los que la rehúyen.

Floreces al treparme, me embriagas, me consuelas,
me armas y me desarmas.

Y cuando caes a tierra
forjas barro sagrado del que naciera el Hombre.

Te viertes en mi copa a ritmo de verdades.

Siempre tú,

el brindis de tu boca presta al beso.

Por tu perpetuidad clamaré al cielo:

Cielo, no nos maldigas.

No nos quites la sed.